

**HOMILIA PRONUNCIADA POR MONS. GERARDO FLORES**  
**Primer Aniversario del asesinato de**  
**Monseñor Juan José Gerardi Conedera**  
**Plaza Central, frente a Catedral Metropolitana,**  
**Ciudad de Guatemala**

Excelentísimo y Reverendísimo Mons. Próspero Penados del Barrio, Arzobispo Primado de Guatemala;

Excelentísimo Señor Arzobispo de Tegucigalpa Mons. Oscar Rodríguez Maradiaga, Presidente del Consejo Episcopal de América Latina y

Mons. Jorge Jiménez, Secretario General de esta organización de los Obispos.

Queridos Hnos. Obispos y Arzobispos aquí presentes,

Muy queridos Sacerdotes del Señor,

Queridos Religiosos y Religiosas,

Amados Hermanos y Hermanas

No era yo precisamente el llamado a ocupar esta cátedra sagrada en un día tan grande, tan luminoso y tan importante como el de hoy, pero desgraciadamente mi hermano Arzobispo Metropolitano de Los Altos, Presidente de la Conferencia Episcopal, quien había sido designado para dirigir un mensaje al pueblo de Dios aquí reunido, se encuentra sufriendo quebrantos de salud y por eso vengo en su lugar y lo hago con temor y temblor, porque estoy consciente de que vivimos un momento crucial en la historia de nuestra patria y de nuestra Fe.

Los que hemos venido aquí, -al menos en la inmensa mayoría- estoy seguro de que lo hicimos por un sentido de fe, de fraternidad y de amor muy grande. No venimos por un interés político reivindicativo, no venimos para ejercer presión social alguna.

Estamos reunidos en este día, porque percibimos que nos encontramos ante un hecho que realza la grandeza de nuestra Madre la Iglesia. Sobre ello quisiera invitarles, hermanos y hermanas, a que reflexionemos hoy. No venimos a llorar a un muerto, sino venimos a exaltar la figura de un testigo fiel y de un seguidor humilde y valiente de Cristo, el Señor.

Cuando uno recorre la historia dos veces milenaria de nuestra Madre la Iglesia, encuentra tantas cosas grandes: inmensos edificios, espléndidas catedrales, obras de arte insuperables, libros profundos de filosofía, teología y de todas las ciencias, encuentra hombres y mujeres ilustres, sabios, filósofos, científicos y... como está formada nuestra Madre la Iglesia, por hombres y mujeres que somos débiles, pecadores, muchas veces cobardes y aún traidores a la fe, también encontramos en ella miseria y pecados. Pero hay algo en que ninguna otra organización humana, de cualquier tiempo o de cualquier lugar, puede ni siquiera de lejos asemejarse a nuestra Madre la Iglesia y esto es la GLORIA DEL MARTIRIO.

Desde San Esteban, el primer mártir de la Iglesia, hasta los heroicos Sacerdotes que se ha

negado a abandonar Kosovo en estos días o los misioneros generosos que no han querido salir del Sudán a pesar de que saben que los van a matar, millones y millones de católicos, hombres y mujeres, niños y ancianos, ricos y pobres, han enfrentado la muerte con serenidad, con valentía y hasta con gozo por amor a Cristo y por defender los principios fundamentales del Evangelio.

Con razón la Iglesia en ese inspirado himno de alabanza y acción de gracias, el Te Deum, canta: TE MARTYRUM CANDIDATUS LAUDAT EXCERCITUS (A ti, Señor, te alaba un blanco y puro ejército de mártires). Y es aquí, donde se inscribe la vida y la muerte de Mons. Juan José Gerardi Conedera, al que el pueblo fiel con ese sentido de fe que le es característico, a la espera del reconocimiento oficial de parte de la Suprema Autoridad de la Iglesia, ya ha llamado como el Mártir de la Paz y de la Verdad.

Permítanme que, como hermano y amigo de Monseñor Gerardi, recuerde brevemente algunas de las características que más sobresalieron, a mi juicio, en su vida sencilla de humilde párroco en diferentes comunidades de esta Arquidiócesis. Yo pienso que una de sus características principales fue la de ser un hombre de oración, un hombre piadoso y un hombre de fe, un hombre de breviario, un hombre de Eucaristía diaria; y de allí surge toda la fuerza para hacerlo también un Apóstol dinámico, activo, que trabajó en sus Parroquias con una gran sencillez, con una profunda humildad y con una inmensa alegría, como debe ser todo Cristiano. Mons. Gerardi sabía reír y sabía gozar con las cosas bellas.

Cuando en 1967 fue nombrado Obispo de La Verapaz, entonces se desarrollan en él grandes intuiciones, que yo me atrevería a llamar intuiciones post conciliares. (Es el primer Obispo que ocupa esa Sede venerable y antigua de La Verapaz, después del Concilio Vaticano II). Empieza un trabajo de evangelización con características muy claras y determinantes, con una fidelidad muy grande al Magisterio de la Iglesia, y, al mismo tiempo, teniendo en cuenta seriamente la realidad del pueblo al que le tocaba guiar por el camino del amor y de la paz. Inmediatamente descubre, en su encuentro con el pueblo de Las Verapaces, fundamentalmente compuesto de las etnias Qeq'chi, Pocomchí y Achí, la situación de abandono, de pobreza, de marginación, de explotación en que se encuentran y cómo vive en una terrible injusticia institucionalizada. Por eso empieza la lucha por ayudarles a descubrir poco a poco su gran dignidad de seres humanos. Entre ellos sobresale el reconocimiento del derecho a la propia cultura, a la propia lengua, para hablar a Dios con la lengua con la que le hablaron sus antepasados y cantar al Señor los himnos y alabanzas que brotan espontáneos de su corazón. Por eso insiste tanto en poner las bases de una auténtica inculturación del Evangelio o, si se quiere, Evangelizar la Cultura de aquellos pueblos.

Hablando con los Sacerdotes que estuvieron con él y que lo recuerdan con tanto cariño, me hacen notar que siempre fue un gran defensor de la libertad: a nadie obligó, a nadie quiso llevar por la fuerza por los caminos que él pensaba eran los mejores. Con paciencia, perseverancia y no pequeño esfuerzo, poco a poco, inició una seria pastoral indígena, que ha sido ejemplo para toda la nación.

Sintetizando su trabajo pastoral en medio de La Verapaz, yo podría decir: fue una lucha apasionada por la salvación del hombre y de la mujer, alma y cuerpo, espíritu y materia,

porque Cristo -bien lo repetía continuamente- no vino a salvar almas, sino a salvar hombres y mujeres de carne y hueso con necesidades y exigencias, con derechos y con urgencias muy concretos.

Esta brevísima y sobretodo superficial síntesis de las características principales de su trabajo pastoral entre nosotros nos presenta a un buen pastor, un pastor que, como Cristo, quiere entregar su vida por las ovejas. Entonces en nuestros corazones surge la pregunta: ¿Por qué lo mataron? ¿Qué razones había para que le destrozaran el rostro con una saña increíble, con un odio espantoso?

- Lo mataron porque amó la justicia y odió la iniquidad: no permaneció insensible ante el dolor de su pueblo, de un pueblo humillado, explotado, empobrecido, y más tarde, cuando estuvo de como Obispo de El Quiché, un pueblo al que vio masacrado sin misericordia.
- Lo mataron, porque buscó la luz y ahuyentó las tinieblas y, bien lo dijo Jesucristo: "Los que actúan mal odian la luz". Por eso quisieron apagar la antorcha luminosa que era su vida, su ejemplo y su trabajo.
- Lo mataron, porque se empeñó en construir la paz, esa paz que todos los guatemaltecos anhelamos; esa paz por la que tantos dieron su vida; esa paz que todavía no llega, porque nos rehusamos a construirla sobre cimientos de verdad y de justicia. El quiso construir la paz precisamente sobre las bases de la justicia y rechazó siempre el soborno de los impíos.
- Lo mataron, porque proclamó la verdad y desenmascaró la mentira de quienes creen que pueden encubrir sus crímenes con engaños y con falsedades..
- Lo mataron, porque soñaba -son sus propias palabras- soñaba "contribuir a la construcción de un país distinto", un país donde todos pudiéramos vivir como hermanos, donde todos nos respetáramos, donde todos comprendiéramos que Dios ha querido darnos una Patria pluriétnica, multilingüe, pluricultural, donde, si quisiéramos, podríamos vivir como hermanos, porque nos une un mismo amor y una misma fe en el Padre y Señor de todos. Quería, dijo él, contribuir a la construcción de una patria, de un país distinto y por eso emprendió ese gran trabajo de la Recuperación de la Memoria Histórica, **REHMI**, para lograr que un pueblo, que había llevado su dolor escondido por el temor a la represión y al crimen, pudiera expresarlo alguna vez y que esas comunidades que lloraban sus duelos inacabados, pudiesen terminarlos y que, con la luz de la verdad y la fuerza de la justicia, naciera, como una flor hermosa, la reconciliación que tanto esperamos.

Pero él mismo lo dijo: "el camino para construir ese Reino de Dios (por el cual él luchaba), tiene riesgos y solo son constructores aquellos que tienen la fuerza para enfrentar estos riesgos".

Qué grande, qué grande fue y sigue siendo Mons. Gerardi! La semilla que él sembró y regó con su sangre dará algún día abundantes frutos. No lo podemos dudar.

Qué pequeños, abyectos e insignificantes resultan los cobardes, que maquinaron en la oscuridad y en la sombra, su muerte y la ejecutaron por medio de sus esbirros. Pobres hermanos nuestros que jamás podrán alzar la cabeza con dignidad y honradez. Pasarán y se perderán en el basurero de la historia. Dios, tenga misericordia de ellos!.

Los ideales por los que luchó y murió Mons. Gerardi, extraídos de la esencia misma del Evangelio, tienen que ser asumidos por los hombres y mujeres más firmes, honrados y valientes de nuestra patria, que han de poner todo su empeño en llevarlos adelante hasta que se enraícen profundamente y hagan realidad la ilusión de esa "patria distinta" de la que Monseñor nos hablaba.

Su ejemplo de fidelidad inquebrantable a Cristo, de filial amor a la Iglesia y de compromiso indestructible a su pueblo, debe quedar muy presente en nuestra mente y motivarnos a seguirlo con la fuerza del Espíritu Santo.

Qué hermoso resulta celebrar este día el primer aniversario de la inmólación del Mártir de la Paz, cuando en la Iglesia entera recuerda a Cristo, el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas. Por eso también nosotros hoy alzamos nuestra mirada y vemos con los ojos del corazón emocionado, la imagen la figura sonriente, amable, sencilla, fraternal y buena de Mons. Gerardi y podemos escuchar con atención que nos dice, con aquellas palabras de San Pablo: **"SEAN IMITADORES MIOS, COMO YO LO SOY DE CRISTO"**. Así sea.

Guatemala, 25 de abril de 1999

✠ **Gerardo Flores Reyes**  
Obispo de La Verapaz